

en él hasta la médula y sea como la esencia de su propio ser».

Y Bryce, en una conferencia, a propósito de la tibieza de los maestros en cultivar el espíritu nacional, consiguió que surgiese como iniciativa, la adquisición de la bandera inglesa para todas las escuelas de Londres, destinada a colgarse en sus muros y ser desplegada una sola vez al mes en un acto patriótico y ante la cual desfilarían los alumnos, cantando el himno de *Dios salve a la reina*.

Jaurés, con su elocuencia tribunicia, sintetizaba en esta magnífica cláusula el sentimiento nacional. «Estáis atados a este suelo por todo lo que os precede y por todo lo que sigue; por lo que creó y por lo que creáis; por el pasado y por el porvenir; por la inmovilidad de las tumbas y por crecimiento de las cunas...»

EL VENENO DE LAS PALABRAS

Así se llama una película. Pero no vamos a hablar de ella. Vamos a referirnos a la gran cantidad de veneno que circula en el ambiente o que llevamos en la sangre como un virus maldito, todo por culpa de ciertas palabras dichas, con intención o sin ella.

Todos los sabios antiguos y todos los que han adquirido con el tiempo la sabiduría de la experiencia condenan a los que no saben hacer buen uso de la lengua. *Antes de hablar nada, dále antes siete vueltas a la lengua dentro de la boca*, dice una vieja sentencia. *El silencio es de oro*, dice otra. *En boca cerrada no entran moscas*, dijo alguien en un símbolo.

¿Y no recordáis la fábula de Esopo? Cierta es que la lengua es «el órgano de la verdad y la razón», pero mayormente es «la madre de todos los pleitos, la nodriza de todos los procesos, la fuente de las divisiones y las guerras, el órgano del error, y lo que es peor, de la calumnia...»

Pero el veneno peor de las palabras es el que se destila, conscientemente, al través de una sonrisita «mamífera», y que parece que no ha hecho sino caer en la piel y soasarla, cuando en verdad se nos ha metido como un ácido hasta las entrañas y nos ha quemado el corazón.

Tengamos mucho cuidado con las palabritas que dejamos caer como chispas del cigarro en la conversación más inocente. Son agujas que se nos meten en la carne y cuya herida por lo común se encona. Son espinas que nos hacen derramar sangre, interiormente, y nos asfixian.

En la conversación más inocente, muchos so pretexto de hacer «ironías», otros por mantener la reputación que han alcanzado de «agudos», otros sencillamente por hacer un chiste, dicen

palabras, que aparentemente no tienen importancia. Pero ya se sabe. «no hay palabra mal dicha como no sea mal tomada». ¿Pero cómo saber, cómo adivinar el efecto que ha de producir la «punta» que lanzamos sin maligna intención?

Lo grave de la cuestión no es cuando el alfilerazo hace saltar, y al instante nos podemos vengar. Lo serio es cuando el veneno, como la grippe, se esparce en el ambiente, ataca a alguien, y ese, por esta o aquella razón tiene que callarse.

De ahí salen los anónimos, el rencor, la calumnia.

Los que oyen no se dan cuenta del veneno de ciertas palabras. Se dan cuenta los que sienten.

En veces se toma un nombre de hombre o de mujer y se descuartiza: tarea que cuando se trata de una mujer da la norma de la nobleza humana. Agotado el tema, se puede decir como en la zarzuelita española: «Aquí no ha pasao ná!»

Pero en ocasiones, en esas tertulias que a veces se sostienen en casas donde se oye misa entera todos los domingos y fiestas de guardar, el veneno de las palabras ha intoxicado más de un alma. Y ya se sabe, los envenenamientos del alma no se curan sino cuando se expele el tósigo. ¿Y saben ustedes cosa mala? Un veneno de esa clase después que ha pasado una semana en el corazón de un herido...

(*El Universal*, Caracas, 29 mayo 1919).

En el *Wood* de Nueva York, del 10 de julio de 1919, nos hallamos con esta sugestiva nota: Chicago, 9 de julio.—Dirigidos por Harold F. McCormick, Presidente de la International Harvester Company y Harold Swift, Vicepresidente de Swift & Co., se está formando aquí una comisión de cuarenta patronos, con el propósito de promover relaciones más cordiales con los obreros.

Se le ha ocurrido esta idea al banquero señor John Mitchel, y es el fruto de una conversación con el Alcalde Ole Hanson de Seate, Wash. Dice el Alcalde que la indiferencia de los patronos origina los movimientos radicales.

Habla el señor Mitchell: «La idea es organizar una comunidad que disfrutará de diversiones, conferencias y otros beneficios y mostrará espíritu de simpatía y de solidaridad».

Así se educan las ciudades. Leemos en el *Evening Mail* de Nueva York del 23 de junio de 1919: Se darán conferencias públicas en el salón de conferencias del Jardín Botánico de New York, Bronx Park, los sábados por la tarde, a las cuatro. Programa:

28 de junio: «Algunos libros de jardinería», por el doctor J. H. Barnhart; 5 de julio: «Por qué y cómo dispersar las plantas», por E. B. Southwick; 12 de julio: «Arboles frutales pequeños para los hogares de los suburbios», por el Capt. F. A. Waugh; 19 de julio: «Las rosas de los jardines», por G. V. Nash; «Plantas del Estado de Nueva York atractivas por sus flores», por el doctor H. D. House; 2 de agosto: «Aspectos florales y pintorescos de la Isla de Jamaica»; 9 de agosto: «A través de los Andes centrales de Colombia», por el Doctor F. W. Pennell; 16 de agosto: «Aspectos botánicos de Ceylán», por el Doctor H. A. Gleason; 23 de agosto: «Arbustos que florecen» por Arturo Herrington.

Las conferencias serán de una hora y se ilustrarán.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

EDICIONES DE «LA LECTURA»

PASEO DE RECOLECTOS, 25. — MADRID

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

- SANTA TERESA.—*Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
 TIRSO DE MOLINA.—*Teatro*. Por don Américo Castro.
 GARCILASO.—*Obras*. Por don Tomás Navarro.
 CERVANTES.—*Don Quijote de la Mancha*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
 QUEVEDO.—*Vida del Buscón*. Por don Américo Castro.
 TORRES VILLARROEL.—*Vida*. Por don Federico de Onís.
 DUQUE DE RIVAS.—*Romances*. Por don Cipriano Rivas Cherif. (2 vols.)
 B^o JUAN DE AVILA.—*Epistolario espiritual*. Por don Vicente García de Diego.
 ARCIPRESTE DE HITA.—*Libro de Buen Amor*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
 GUILLEN DE CASTRO.—*Las Mocedades del Cid*. Por don Víctor Saíd Armesto.
 MARQUES DE SANTILLANA.—*Canciones y decires*. Por don Vicente García de Diego.
 FERNANDO DE ROJAS.—*La Celestina*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
 VILLEGAS.—*Eróticas o amorosas*. Por don Narciso Alonso Cortés.
 POEMA DE MIO CID. Por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
 LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por don Julio Cejador.
 FERNANDO DE HERRERA.—*Poesías*. Por don Vicente García de Diego.
 CERVANTES.—*Novelas ejemplares*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (2 vols.)
 FR. LUIS DE LEON.—*De los nombres de Cristo*. Tomo I y II. Por don Federico de Onís.
 GUEVARA.—*Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*. Por don M. Martínez Burgos.
 NIEREMBERG.—*Epistolario*. Por don Narciso Alonso Cortés.
 QUEVEDO.—*Los Sueños*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
 MORETO.—*Teatro*. Por don Narciso Alonso Cortés.
 FRANCISCO DE ROJAS.—*Teatro*. Por don J. Ruiz Morcuende.
 RUIZ DE ALARCON.—*Teatro*. Por don Alfonso Reyes.
 LUIS VELEZ DE GUEVARA.—*El Diablo Cozuelo*. Por don Francisco Rodríguez Marín.

Imprenta y Librería Alsina. — San José, C. R.